

blecer una factoría en el cabo de las Tres Puntas, uno de los promontorios de la Costa del Oro. Pero poco después de esta empresa, que no había de producir resultados útiles, tuvo Prusia un golpe de fortuna, la revocación del edicto de Nantes, que supo utilizar acogiendo benévolamente á los protestantes fugitivos. Más de quince mil Franceses, aprovechándose del edicto de Postdam, pusieron al servicio de Alemania su inteligencia, su instrucción y sus industrias: como resultado, el equilibrio de las fuerzas vivas se desplazó en Europa. Prusia, y especialmente la ciudad de Berlín, ganó lo que había perdido Francia. Y no solamente los protestantes introdujeron sus profesiones y sus oficios en Alemania, sino que crearon empresas nuevas, gracias al espíritu de iniciativa que forzosamente habían de desarrollar so pena de humillación y de miseria: necesitaban acomodar sus capacidades diversas á un medio cuyas condiciones diferían por completo de las que les eran familiares. De ese modo, progresos muy importantes en el trabajo y en los procedimientos científicos compensaron, en beneficio particular del Brandeburgo y de Europa en general, las enormes pérdidas sufridas por los distritos protestantes franceses. La colonia hugonote de Berlín se ha conservado durante cerca de dos siglos, á pesar de los cruzamientos, los cambios y traducciones de nombres y la penetración íntima del ambiente germánico.

En el año 1701, Prusia constituía un Estado bastante poderoso ya para que el príncipe Federico I creyese llegado el momento de declararse rey. Con sus manos ciñó la corona, pero su vida de fausto, de dilapidación irreflexiva y de raros caprichos, demostró que la vanidad dominaba en él sobre el orgullo, porque con el título de rey hacía concesiones humillantes al imperio. A fuerza de debilitarle, estaba á punto de deshacer aquel reino que como tal había proclamado, cuando le sorprendió la muerte. Federico Guillermo I era un hombre muy diferente, un estúpido, orgulloso de su ignorancia, con tal estrechez de miras que fué objeto de burla general, pero tan rudo en su voluntad que todo cedía ante él. Era tan económico, que su primer acto consistió en reducir en una quinta parte los sueldos de las gentes de su corte, y tan rígido sobre la disciplina, que con gran dificultad se le arrancó la gracia de su hijo, condenado á muerte

como «desertor». Su manía particular era la de las revistas y las paradas militares: había dividido el reino en distritos correspondientes á los regimientos de su ejército; la alineación, la simetría y

N.º 414. La Prusia en el siglo XVIII.



1 : 12 000 000

100 300 600 Kil.

Al advenimiento de Federico II (1740), Prusia estaba formada por trozos separados: el gran ducado de Prusia, alrededor de Königsberg, Pomerania y Brandeburgo, el ducado de Magdeburgo, el principado de Halberstadt, los distritos de Cottbus, Halle, Lippstadt, Minden, Lingen, Bielefeld, Unna, Cleves y algunos otros, Herstal (1732-1740), Turnhout (1732-1753) y Montfort (1732-1754), por último el principado de Neuchatel (1707-1807).

Federico ocupó Silesia en 1742, pretextando derechos á varias ciudades (Leignitz, Oderberg, etc.), después en 1772 reunió las dos fracciones principales del reino por la adquisición del bajo Vístula, desde Seeburgo á Czarnikow. El distrito de Emden se agregó á Prusia, y el ducado de Mansfeld, cerca de Halle, en 1780.

El sucesor de Federico añadió á sus dominios los territorios de Baireuth y de Ansbach (1792), Dantzig (1793) y parte de Polonia, desde Posen á Bielsk (1793-1795).

la regularidad de los cuerpos de tropa era su gran preocupación; sobre todo tenía empeño en sus compañías de buenos mozos, reclutados por todos los medios, incluso la compra y el raptó en países extranjeros. Pero tanto amaba á su ejército, que se negaba á dete-

riorarlo por la guerra: á su sucesor Federico II tocó el empleo de aquel formidable instrumento. La preparación de la guerra no es una razón de paz, como dice un proverbio falso; al contrario, esa preparación trae consigo siempre la guerra. Si, como se ha dicho, la industria de Prusia fué durante mucho tiempo el arte de la guerra, su responsabilidad debe atribuirse á Federico Guillermo I. Federico II halló preparados los elementos de la guerra, hombres, arsenales y dinero, é inmediatamente se sirvió de ellos. El celo con que su pueblo le siguió en la obra de conquista se explica en parte por la pobreza natural de los páramos, de los arsenales y de los pantanos del Brandeburgo y otras provincias que constituían el núcleo de la Prusia propiamente dicha: la riqueza de las tierras próximas prometía un amplio botín.

Apenas elevado al trono, Federico trató de redondear sus dominios apoderándose de la bella Silesia, que tenía precisamente la ventaja de un rendimiento fructuoso y que prometía completar elegantemente el reino con la alta cuenca del Oder y la frontera natural de los Sudetes. Jamás faltan los argumentos á los conquistadores, y Federico tenía generalmente como buena razón la fuerza agresiva de su ejército. No aguerrido todavía, inauguró su carrera militar por un incidente ridículo, huyendo del primer campo de batalla por creerse vencido cuando sus tropas habían triunfado; pero no tardó en habituarse al silbido de las balas, y pronto Silesia arrancada á Austria engrandeció Prusia hasta las fuentes del Vístula (1742). Tal fué el primer acto de aquellas dos guerras de Siete años, 1741-1748 y 1756-1763, que se desarrollaron principalmente alrededor de la desgraciada Silesia, devastada y arruinada, y en Bohemia, más desgraciada aún á causa de su valor estratégico como centro de Europa.

Durante la primera mitad de la lucha, Federico fué en un principio sostenido parcialmente por Francia, cuya política tradicional consistía en combatir la potencia austriaca; pero esa alianza francesa estaba constantemente neutralizada por las intrigas de corte y de confesionario, que daban á Austria y á su soberana María Teresa el apoyo de las maquinaciones secretas, urdidas contra su propio país por el cardenal Fleury, inspirador oficial de sus intrigas. Después, cuando la segunda guerra, triunfó abiertamente la influencia de los

jesuitas: Francia pactó una alianza ofensiva con Rusia y Suecia para sostener Austria y Sajonia contra Federico II. Este se hubiera visto completamente rodeado por un círculo de enemigos si no hubiera tenido por aliados algunos pequeños príncipes alemanes, y, al otro lado del estrecho, el concurso de la flota inglesa; pero en ese peligro inminente se manifestó táctico incomparable en el arte de dividir sus adversarios para sorprenderles y batirles aisladamente. Primeramente libróse de Francia por la victoria de Rossbach (1757), jornada de «inmortal ridículo», en que dispersó delante de sí más damas, peluqueros y cocineros que soldados, y que le valió, no sólo la admiración entusiasta de sus propias tropas, sino también la de sus enemigos, sobre todo la de la Francia misma. Sin embargo, le hubiera sido imposible resistir hasta el fin contra el diluvio de hombres que del Sud, del Este y del Norte inundaba su reino, si no hubiera podido reconstituir sus ejércitos, terriblemente disminuídos, con la multitud de los aventureros y desertores extranjeros que hacia él acudían de todas partes, y si Inglaterra no le hubiera sostenido con sus millones. Por último, cuando parecía casi fatalmente cogido como entre dos mandíbulas, entre los Austriacos y los Rusos, la muerte del czar, un cambio de reinado, le salvaron repentinamente y le permitieron elevarse como vencedor inatacable.

Por primera vez en la historia del mundo, las guerras de Europa habían tenido rechazo directo en los demás continentes: los conflictos se habían propagado sobre una gran parte de la superficie planetaria, que trataban de apropiarse los emigrantes de las diversas naciones occidentales. La guerra de Siete años se proseguía también en las Indias Orientales y en la América del Norte, de ambas partes con gran ventaja para Inglaterra, cuya potencia militar se apoyaba sobre una industria cada vez más activa y sobre un comercio exterior en constante aumento. En la lucha de navegación que se continuaba entre la Holanda y la Gran Bretaña, ésta sobresalía rápidamente, á pesar de las ventajas adquiridas y de la habitual práctica que poseía su rival. Durante la segunda mitad del siglo XVII, período de su gran prosperidad, aquel pequeño pueblo báltavo poseía por sí solo cerca de la mitad del tonelaje de todas las flotas comerciales pertene-

cientes á las naciones europeas, ó sea unas 900,000 toneladas sobre dos millones ¹. Pero la gran isla disponía á la vez de puertos más numerosos y más seguros, de una población más considerable y sobre todo de una industria propia más activa, más fácil de desarrollar y más rica en productos variados. Al principio del siglo XVIII, Daniel de Foe señala la prosperidad creciente de Manchester, cuya población había doblado en algunos años, gracias á la fabricación de los tejidos ². Desde el año 1585, Manchester y Bolton, su vecina, habían sido el refugio de los tejedores de algodón de Amberes, escapados á las matanzas que mandaba el duque de Alba. Sin embargo, en medio del siglo XVIII el mecanismo de las manufacturas inglesas era todavía tan rudimentario como el de los humildes talleres hindus: los descubrimientos industriales que se habían hecho ya en varios países, Italia, Francia, Alemania y Flandes, no se habían aplicado al norte del paso de Calais. La gran revolución del trabajo que había de producirse al final del siglo no se anunciaba aún.

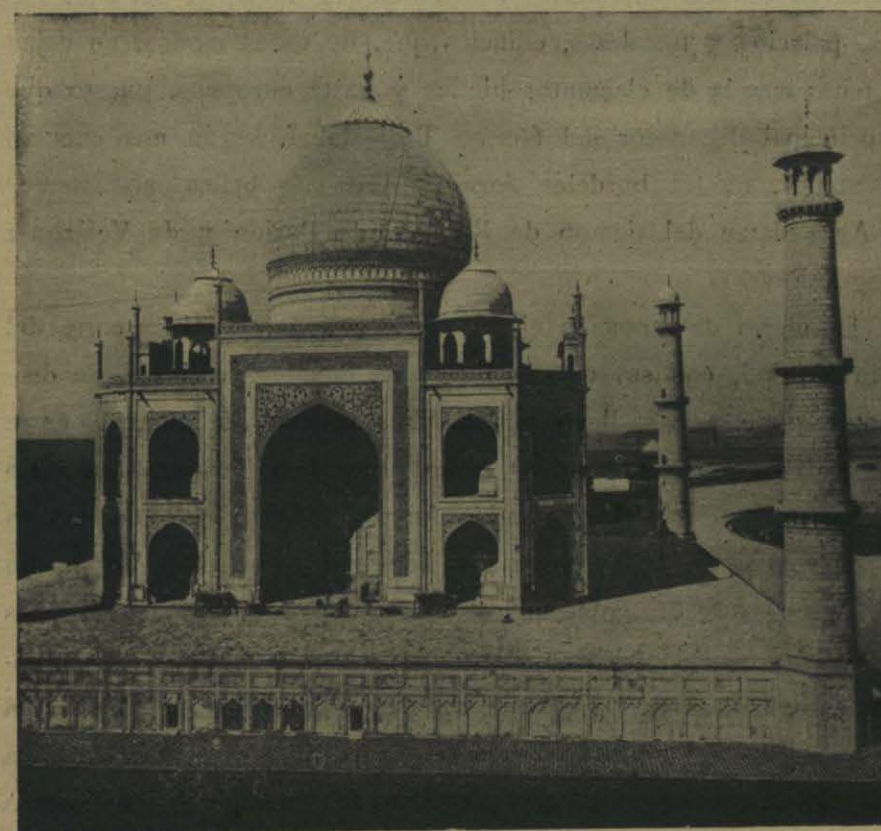
Después de su gran triunfo sobre Luis XIV, la política inglesa había sido relativamente pacífica, especialmente bajo el largo ministerio de Robert Walpole, cínico filósofo que prefería dirigir los hombres por la corrupción á obligarles por la violencia. Además el gobierno inglés tenía entonces dos grandes dificultades que vencer: en primer lugar consolidar el poder de la dinastía de Hanover que reinaba en las islas Británicas, salvando al mismo tiempo, sin desplazar el centro de gravedad, sus intereses sobre el continente; en segundo lugar prevenir ó reprimir toda tentativa de restauración de parte de los representantes de la antigua dinastía de los Estuardos. Constantemente se urdían nuevas conspiraciones dirigidas por infatigables jesuitas que disponían de todas las fuerzas ocultas de la Iglesia. El peligro no fué desvanecido definitivamente hasta 1746, en que Carlos Eduardo, el hijo del pretendiente Jacobo III desembarcó en Escocia, ocupó el palacio de Edimburgo y penetró en Inglaterra, pero pronto hubo de retroceder y su pequeño ejército fué aniquilado en los eriales de Culloden. Las matanzas, el cadalso, los calabozos y las confisca-

¹ Harry Petty, *Political Arithmetic*.

² G. de Greef, *Essais sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, VIII, ps. 6 y 7.

ciones dieron razón á la lealtad de introducción reciente sobre la lealtad tradicional.

Libre ya de la cuestión de Escocia y no teniendo que temer más que los rencores de Irlanda, no seguidos de efecto, la potencia británica podía ejercerse libremente en el mundo y con especialidad en



Cl. J. Kuhn, edit.

EL TADJ-MAHAL, CERCA DE AGRA, Á LA ORILLA DEL DJEMNA

Este edificio, mausoleo de Chah-Djihan y de su esposa, fué construído al final del siglo XVII. Su altura sobre la plataforma es de 78 metros.

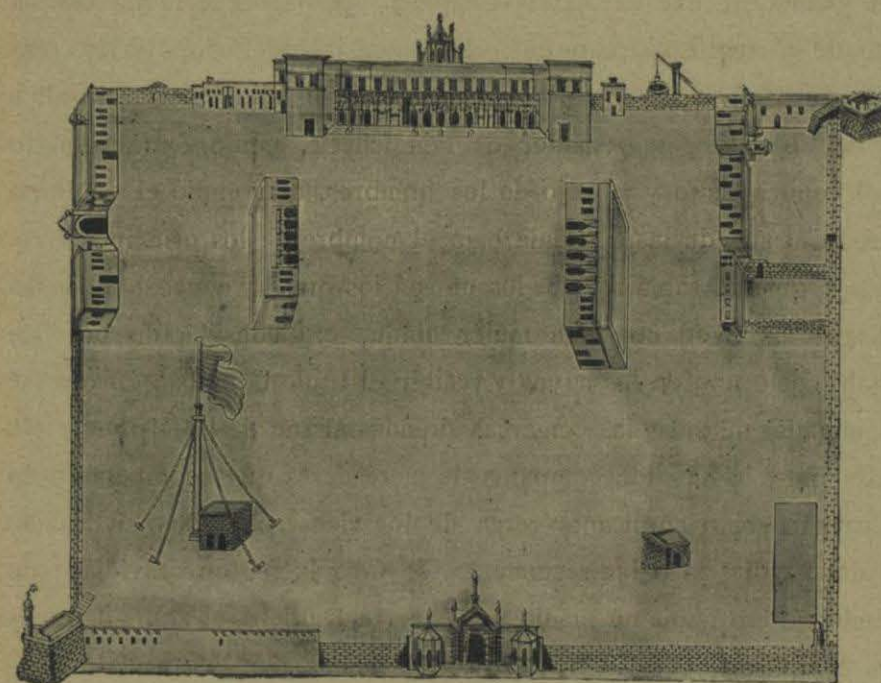
las Indias Orientales. La influencia de Portugal se había debilitado rápidamente en ellas, y, por otra parte, no había pasado de la vertiente occidental de los montes. En aquella época la dominación del Hindostán, desde el golfo del Indo hasta el de Bengala, pertenecía á la dinastía llamada del «Gran Mongol», que se había apoderado de Delhi en la primera mitad del siglo XVI y que había hecho de aquella ciudad un lugar suntuoso donde venían á reunirse las riquezas extraídas, desde el Himalaya hasta el Dekkan, sobre una

población quizás de cien millones de habitantes. En el reflujo de la civilización irania que se había dirigido á la India con el sultán Baber y su cortejo de Mongoles y de Tártaros iranizados, las ciudades hindus ocupadas por el Gran Mongol se habían aprovechado singularmente del arte de los constructores persas: las ciudades del Noroeste, donde habían establecido la residencia de su poder, conservan todavía admirables construcciones de aquel período, torres, palacios y fortalezas, edificios que, de todos modos, no dejan de tener mezcla de elementos hindus y hasta europeos, puesto que el principal decorador del famoso Tadj-Mahal, según nos cuentan los anales, fué el bordelés Austin. Los más bellos monumentos de Agra datan del tiempo de Rubens, de Pusino y de Velázquez (Roger Peyre).

La fuerza de atracción ejercida por aquella magnífica corte del Gran Mongol, con sus tesoros llenos de metales preciosos, de diamantes y de perlas, llevó allá muchos viajeros de Europa, entre los cuales se contaron sabios como el médico Bernier, que vivió muchos años cerca del emperador Aureng-Zeb; se establecieron en los puertos de la India compañías bancarias, sostenidas por medio de privilegios de sus gobiernos respectivos, para entrar en relaciones comerciales con el poderoso soberano y con sus vasallos. La compañía neerlandesa fué la que se constituyó la primera, cerca de un siglo después del viaje de Vasco de Gama, y la compañía británica la siguió de cerca (1600). Sus progresos fueron rápidos: en diversas ocasiones aumentó sus atribuciones, hasta en sentido político; adquirió el privilegio de alta y de baja justicia. Los mercaderes de la compañía ejercían en realidad el poder real, bajo una pretendida intervención que la distancia hacía ilusoria. La flota de transportes pacíficos era también una escuadra de guerra: se distinguía difícilmente entre sus empleados y sus oficiales. Las conquistas de la compañía eran al mismo tiempo las de la Gran Bretaña.

Antes de realizar la de la India, lo que no entraba todavía en las ambiciones de nadie — de tal modo parecía inatacable la potencia del Gran Mongol —, era preciso despejar las inmediaciones, y eso es lo que hicieron los Ingleses arrasando la ciudad de Ormuz (1622), que había sido durante mucho tiempo el centro del comercio de los

Portugueses en el mar de las Indias¹. Las factorías que establecieron después sobre la costa de la India, en Surate al Oeste, en Masulipatam al Este, llegaron á ser gradualmente puntos de apoyo políticos; de tal modo, que en 1639 la compañía recibió de un radjah del litoral autorización para construir el fuerte de San Jorge para la protección de la factoría que en nuestros días, bajo el nombre de Madras, se cuenta en el número de las grandes ciudades: tal fué el primer paso



Gabinete de las Estampas.

Cl. Sellier.

LA FACTORÍA DE LOS FRANCESES EN CHANDERNAGOR

en la obra prodigiosa de la conquista. Poco á poco las adquisiciones formaron como un collar á lo largo del litoral hindu. La isla de Bombay, que la mujer portuguesa de Carlos II le había aportado en dote, fué transmitida á la compañía en 1668; después, antes del final del siglo, tres ciudades de la orilla derecha del Hougli sirvieron de núcleo á la creciente ciudad de Calcuta, protegida por los cañones del fuerte William.

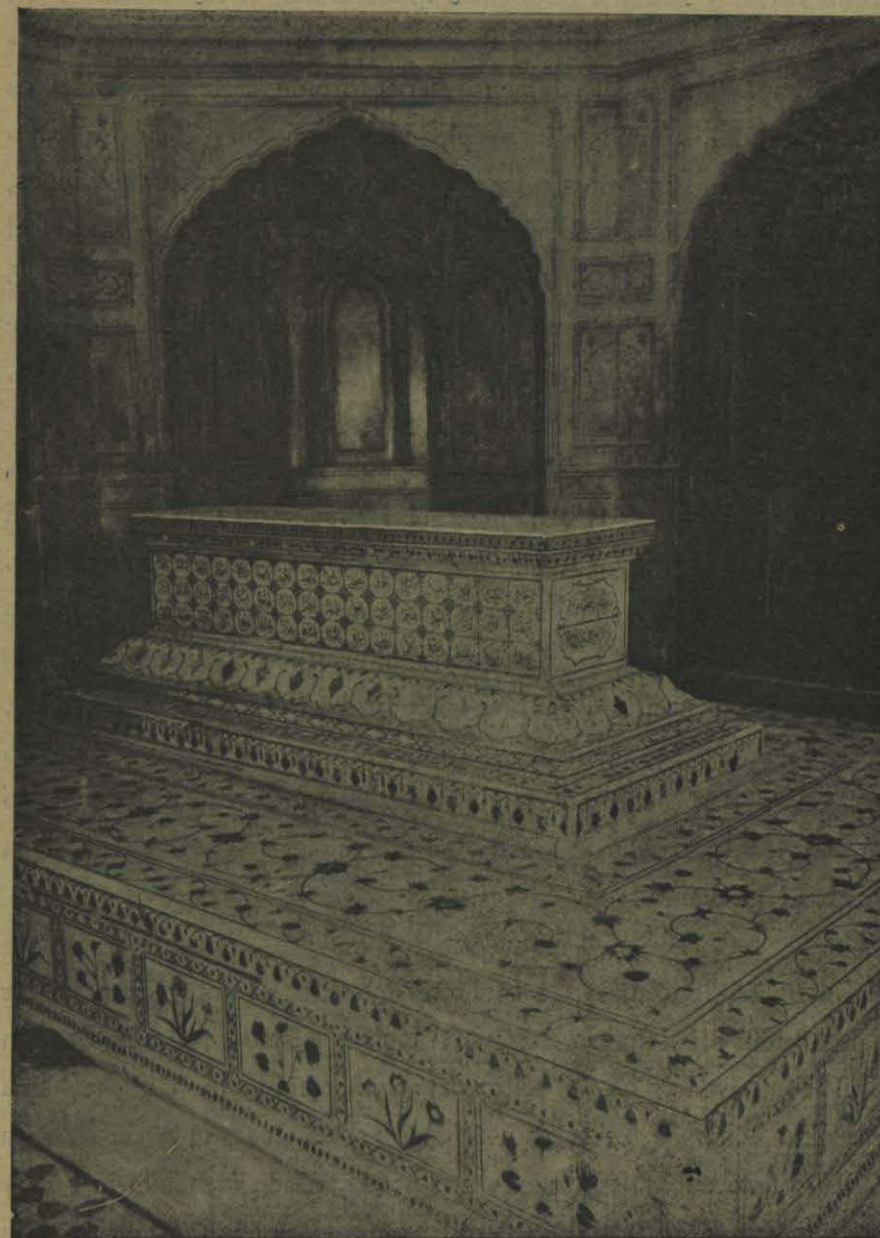
Pero ya la compañía francesa de las Indias, fundada por Colbert en 1664, entraba en conflicto directo de intereses con la compañía

¹ Arthur Stiffe, *R. Geograph. Journal*, Junio 1896, ps. 644 y siguientes.

británica, sobre todo en los distritos donde los puntos de operación eran próximos, como entre Madras la inglesa y Pondichery la francesa, entre Calcuta y Chandernagor. Las rivalidades eran permanentes y las declaraciones de guerra hechas en Europa se aprovechaban inmediatamente en las posesiones hindus. En 1746 los Franceses se apoderaron del fuerte San Jorge y de la ciudad de Madras, que se vieron obligados á ceder á sus anteriores poseedores dos años después cuando la paz de Aix-la-Chapelle; pero la guerra no cesó á pesar de la tregua aparente entre las potencias de Europa y las compañías respectivas, sino que se continuó con los aliados y los vasallos hindus. Dupleix, gobernador de Pondichery, genio extraordinario en el conocimiento y manejo de los hombres, emprendió el gobierno de todo el sud de la península bajo el nombre de los príncipes indígenas, á quienes sabía oponer los unos á los otros y cuyas debilidades utilizaba. Casado con una mujer hindu, era considerado por los radjahs como uno de los suyos y recibió el título de nabab «protector ó dominador de todas las comarcas situadas al sud de la Kistna». En pocos años, la humilde compañía de mercaderes que en un principio se arregló como suplicante cerca de los ricos soberanos hindus, se vió dueña, directa ó indirectamente, de toda la región dravidiana de la India. Pero había un medio de vencer á Dupleix, el autor de todas esas conquistas, consistente en hacerle llamar por la corte de Versalles: en aquel centro de maquinaciones, de perfidias y de bajezas, donde los asuntos de la lejana India no interesaban á nadie, Dupleix no halló quien pudiera comprender sus vastos proyectos; fué abandonado por todos y poco después murió en la obscuridad. Participó de la suerte de Labourdonnais, el vencedor de Madras, con quien había cometido alguna injusticia, y como él hubo de sufrir la desgracia y la miseria. El tratado de 1763 volvía las cosas al estado que había precedido á la guerra; es decir, Francia perdía todo su imperio colonial, conservando solamente algunas factorías amenazadas por el cañón de los Ingleses.

Sin embargo, éstos habían realizado en el norte de la India una obra de conquista análoga á la que había sido realizada temporalmente por Dupleix en el sud de la península. Clive, joven favorito de la guerra, había sido tan afortunado como audaz. En la batalla

de Plassey, que tuvo lugar en 1757 en las márgenes del Baghirati Ganga, en campos que han sido arrastrados por la corriente del río, Clive no solamente logró desprender la ciudad de Calcuta, sino que



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

TUMBA DEL CHAH DJIHAN

fundador de la ciudad actual de Delhi, padre de Aureng Zeb.

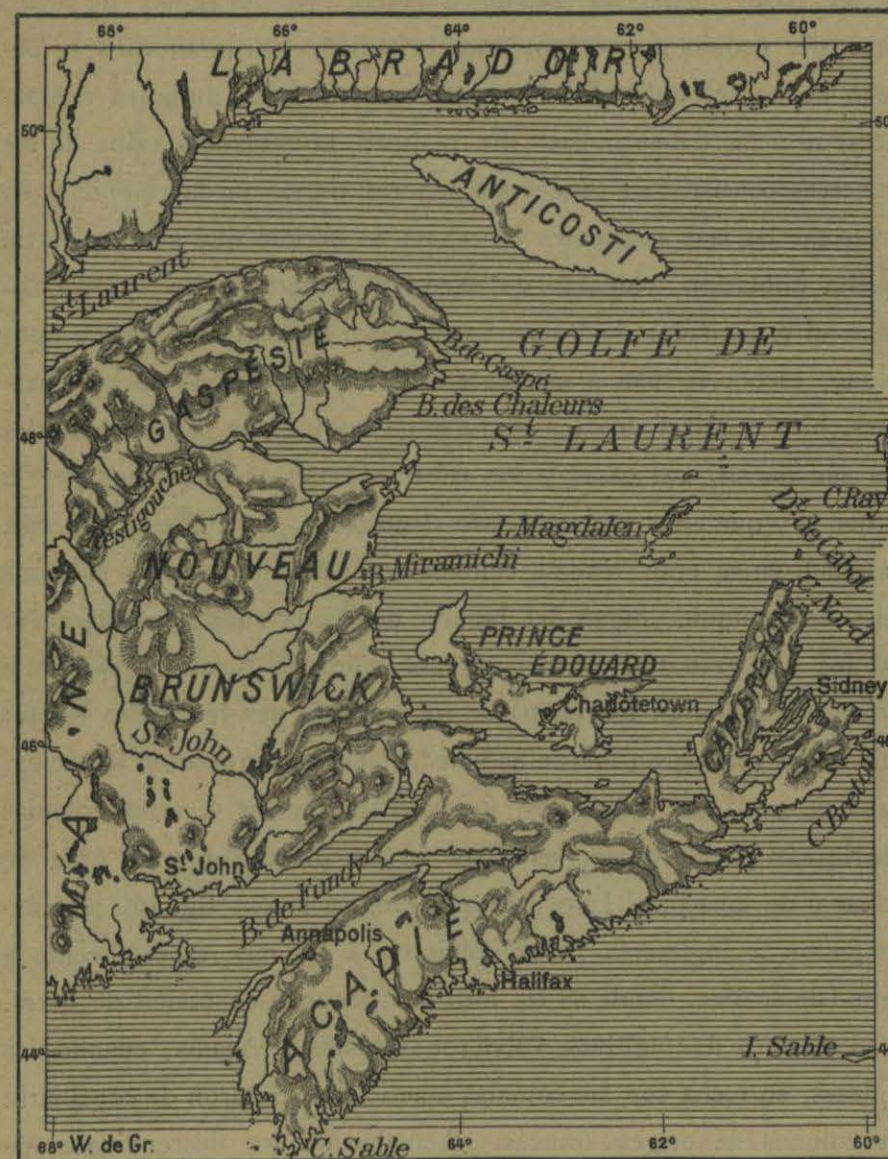
alcanzó también una victoria decisiva que hizo de la compañía la potencia dominante en el Bengala. El botín conquistado, que representaba un valor de 50 millones, le animaba á pasar adelante, á

medirse con el Gran Mongol, cuyos palacios eran más ricos aún. La batalla de Bagsar (1764) estableció definitivamente la potencia británica representada por la compañía. «Somos dueños del Aoudh, escribía Clive, y mañana podremos apoderarnos, si lo deseamos, del imperio del Gran Mongol». Los conquistadores no tuvieron necesidad de apresurarse. El inmenso territorio de la India, desde los altos valles del Himalaya hasta el promontorio de Comorín, cayó gradualmente en sus manos por fragmentos de diferentes dimensiones, y si la obra de anexión halló obstáculos imprevistos, á lo menos el añejo poder de los príncipes que reinaban en Delhi no la dificultó en lo más mínimo: al contrario, los Ingleses se sirvieron del nombre del Emperador para reemplazar poco á poco su poder por el suyo. Todavía en nuestros días, después de más de un siglo de dominación, Inglaterra, heredera de la compañía, gobierna sus posesiones de la India, no según los usos británicos, sino mucho más en conformidad con los métodos persas que prevalecían bajo el emperador Akhbar. Como lo exige la ley común de la historia, los Ingleses, débil grupo perdido en un mar de hombres extranjeros, fueron mucho más conquistados que conquistadores: el trabajo de egalización de las razas, que se efectúa al contacto de los diferentes pueblos, ha comenzado en el país de las castas por la constitución de una casta británica no menos rígida y cerrada que la de los brahmanes. El Oriente domina todavía al Occidente.

En el Nuevo Mundo, el conflicto entre Inglaterra y Francia por la expansión del imperio colonial tuvo el mismo resultado que en Asia. Ya á principios del siglo, 1713, el tratado de Utrecht había favorecido á los Ingleses, transfiriéndoles las posesiones de Francia sobre el contorno del continente americano, desde la bahía de Fundy hasta el mar de Hudson. Casi todas aquellas comarcas no tenían todavía más que su escasa población indígena; sin embargo, la pequeña península de Acadia — hoy Nueva Escocia —, que recibió durante el siglo precedente algunos inmigrantes franceses, casi todos originarios de Normandía y del Perche, constituía en 1713 una colonia de 2,100 individuos. Los conquistadores ingleses instalaron su guarnición en la plaza de Port-Royal, convertida en Annapolis,

mientras que los campesinos franceses que habían permanecido en sus heredades, continuaban prosperando en paz: á la mitad del siglo

N.º 415. Desembocadura del San Lorenzo.



eran más de 14,000, se habían sextuplicado en cuarenta años sin el socorro de ninguna inmigración de Europa ¹.

Los Ingleses se sobresaltaron de ese aumento rápido de colonos

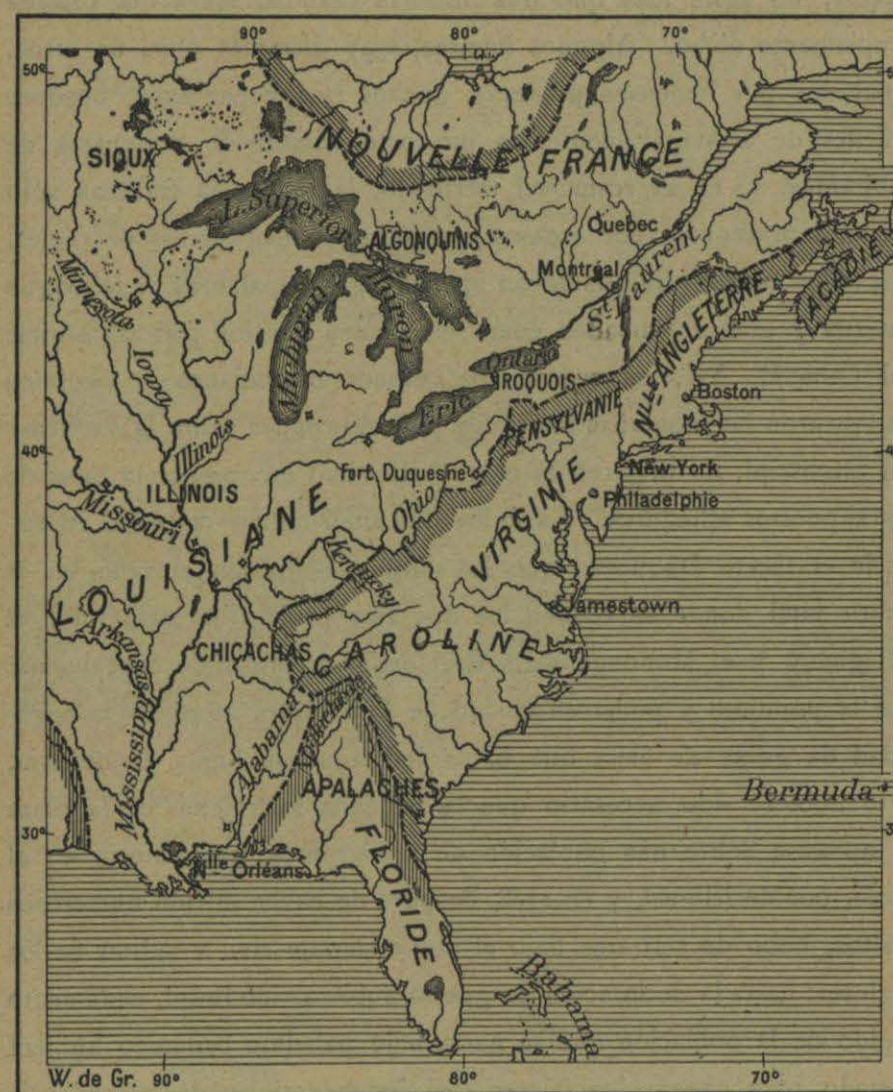
¹ Rameau de Saint-Père, *Une colonie féodale en Amérique*, tomo I, p. 12.

extranjeros por su origen, que hablaban una lengua y profesaban una religión diferentes de las suyas. El peligro les pareció tanto más inminente cuanto que esos católicos franceses habían sido reconocidos como «neutros» por los tratados, y el juramento de pleito homenaje, pedido por el gobierno británico, les garantizaba el derecho de no ser obligados jamás á combatir á sus antiguos compatriotas ni á las tribus indias. En realidad, la verdadera culpa de los Franceses consistía en poseer las mejores tierras de la colonia y en recolectar las más excelentes cosechas: se decidió que se desplazaría aquella población, culpable de excesivo bienestar. En 1755, Laurence, el gobernador de Nueva Escocia, así denominada porque unos colonos escoceses iban á establecerse sobre los campos de los Franceses, hizo reunir todos los Acadios en las iglesias para anunciarles que sus tierras, sus casas y sus rebaños estaban confiscados por la corona y «que ellos mismos serían deportados, pero que su graciosa majestad, en su gran bondad, contaba tener siempre en ellos súbditos fieles en cualquier lugar del mundo donde la suerte les lanzara». Tal fué «el gran trastorno»: algunos miles de Acadios huyeron y fueron recogidos en los claros de los bosques por los Pielas Rojas; quienes les resistieron fueron asesinados; pero el grueso de la nación, cerca de ocho mil individuos, fué repartido en las diversas colonias americanas para trabajar en ellas en las plantaciones de caña de azúcar ó de tabaco, al lado de los negros esclavos: algunos centenares fueron á Inglaterra, otros volvieron á Francia, especialmente á Belle-Isle-en-Mer, donde se les hizo una pequeña concesión de tierra. Gran número de fugitivos volvieron después á Acadia, cuando los Ingleses, en lucha con las colonias americanas, trataron de conciliarse los colonos de origen francés. Actualmente los descendientes de los Acadios son allí lo menos diez veces más numerosos que á la víspera del «gran trastorno»; pero no forman ya grupo homogéneo desde el punto de vista etnológico y se mezclan de diversos modos á los elementos escoceses, ingleses, irlandeses, escandinavos y alemanes. El poema *Evangelina*, en que Longfellow refiere las abominaciones del destierro, ha llegado á ser clásico para los hijos de los colonos que despojaron á los desgraciados Acadios.

La pérdida de la Acadia y de las tierras próximas situadas de-

lante del estuario del San Lorenzo había de dificultar mucho las comunicaciones de Francia con las colonias canadienses que bordean

N.º 416. El Nuevo Mundo en 1740.



1 : 25 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

Los Franceses cedieron la Acadia á Inglaterra en 1714; luego la compañía del Hudson los empujó al Norte; por último, en 1763, hubieron de abandonar el resto de su territorio, excepto la Luisiana. Los Ingleses ocuparon el país al Este del Mississippi, mientras que los Españoles cambiaron la Florida por la orilla derecha del río.

la parte superior de las dos orillas del río. El semicírculo de las posesiones francesas que se desplegaba alrededor de las colonias británicas, desde la desembocadura del San Lorenzo á las bocas del